



NUESTRA SEÑORA DEL CABO MAGDALENA

CAPÍTULO XXII

Nuestra Señora del Cabo Magdalena (Canadá)

SUMARIO.—I. Un santuario canadiense. II. Origen de la romería. III. Admirable desarrollo de la misma. IV. Coronación de la santa imagen.

I

UN SANTUARIO CANADIENSE

Desde 1867 se ha despertado vivo entusiasmo entre los católicos canadienses por visitar en romería un antiguo y pequeño templo, dedicado á Nuestra Señora del Rosario en la aldea, denominada Cabo de Magdalena. Dicha aldea depende en lo civil de la provincia de Quebec, y en lo eclesiástico es parroquia de la diócesis de Trois Rivières (Tres Ríos) erigida en 1852 por la Santidad de Pío IX. Reclinase en la falda de una pequeña colina á la orilla izquierda del río San Lorenzo, y no lejos del punto donde el San Mauricio se divide en tres brazos, lo que ha ocasionado el nombre de la ciudad, cabecera de la diócesis. Cuenta con unas catorce á quince mil almas. Antes de la fecha indicada, á pesar de la hermosura de sus paisajes en la primavera, era un sitio triste y solitario, casi sin vías de comunicación.

La romería de fieles ha desarrollado en alto grado su progreso. Un ferrocarril, que enlaza con la gran vía llamada del Pacífico canadiense, ha facilitado los viajes á cualquier lado del Dominio. El San Lorenzo, que sólo

era surcado en esa parte por canoas y débiles esquifes, ve ahora desflorar sus aguas por naves de alto calado, que llevan mercancías de diversas especies y millares de pasajeros. El *turista* ó el devoto peregrino en la primavera y en verano disfrutan por la vía fluvial hermosos atractivos. El río tranquilo como un lago, sembrado de islas de lujosa vegetación, entre las cuales descuella la de Orleáns; mil fantásticas rocas á flor de agua, los bosques vírgenes que sombrean las dos orillas, los ribazos coronados de huertos, la cascada de Montmorency, la ribera de Beaupré que semeja amplio anfiteatro, el majestuoso cabo de las Tormentas y la azulada cadena de montañas de las Lorentinas que cierra el horizonte por el lado del Norte, son otras tantas escenas de un vasto cuadro, digno de ser cantado ó pintado por los poetas y artistas. Numerosos son los extranjeros que van á veranear en aquellos amenos sitios y así disfrutan de las bellezas naturales de la provincia de Quebec.

Después que el viajero ha divisado las ciudades más populosas é importantes del Dominio, como Montreal, Sorel, Trois Rivières y Quebec, se encuentra casi de repente con dos iglesias de diferentes dimensiones, rodeadas de algunas casas. Es la aldea de Cabo Magdalena. El templo mayor es de construcción moderna, notable por la nitidez de sus líneas y por la belleza de su techo de pizarra de diversos colores. La fachada que parece un dibujo sobre papel, es obra delicada del arquitecto nacional Bourgeois. En ella figuran tres estatuas grandiosas, debidas al cincel del escultor Hébert, y representan á San Lázaro y á sus dos hermanas Marta y Magdalena, Patrona y Titular ésta última de la parroquia. Sin embargo no es éste el santuario que roba las miradas y los corazones de los peregrinos, sino el otro pequeño, sin bellezas arquitectónicas y que ha empezado á sentir las injurias del tiempo. En el exterior

no presenta sino piedras cubiertas con cal, y en el interior es también sencillo, y sólo tiene de notable algunos cuadros pintados al óleo, copia de aventajados maestros. De un auto expedido por el Obispo de Quebec en Mayo de 1714 estando de visita pastoral en Cabo Magdalena se deduce que en esa época se construyó el referido santuario.

II

ORIGEN DE LA ROMERÍA

La devoción al Rosario en Cabo Magdalena cuenta más de dos siglos de existencia. El primer cura, presbítero D. Pablo Vachon, obtuvo privilegio de erigir en su iglesia la Archicofradía. Todavía se conserva intacto en el archivo el diploma expedido el 11 de Mayo de 1694 por el Rmo. P. Antonino Clochu, General de los Dominicos, y refrendado por el R. P. Fray Antonio Massoulié, inquisidor de Tolosa. Monseñor de Saint-Vallier, Obispo de Quebec, autorizó la erección por auto de 4 de Octubre de 1697. Merced al activo celo del señor Vachon, que gobernó por espacio de cuarenta y cuatro años la parroquia, dejándola embalsamada con el olor de sus virtudes, como reza su epitafio, los fieles de Cabo Magdalena no cesaban de acudir á la Virgen bendita en sus aflicciones y la obsequiaban entusiastas con las tiernas alabanzas del salterio mariano. Empero á la muerte del benemérito sacerdote el pueblo quedó largos años sin pastor fijo, nada menos que hasta 1844, y esto fué motivo suficiente para que se resfriase la piedad y el santuario quedase olvidado.

En 1867 la divina Providencia envió á Cabo Magdalena á un joven sacerdote, dotado de raras prendas intelectuales y morales, que procuraba ocultar bajo el man-

to de sublime modestia. Se llamaba don Lucas Desilets y se había educado sucesivamente en los seminarios de Nicolet, Quebec y Santa Teresa, edificando á sus condiscipulos por su ardiente devoción á Nuestro Señor Jesucristo y á su Inmaculada Madre. Con la unción sacerdotal se enardeció más en su corazón el amor á la Reina del cielo, así es que al posesionarse del curato, y encontrar allí erigida canónicamente la cofradía del Rosario experimentó singular regocijo y formó el propósito de restaurarla á toda costa. Un hecho sencillísimo y en apariencia bajo le obligó á realizar su proyecto antes de lo que pensaba. Dios que se vale de los instrumentos más débiles para declarar su voluntad, tanto que hasta se valió de la jumentilla para reprender á Balaán, hizo conocer ahora su designio por medio de un cuadrúpedo.

En la vigilia de la Ascensión á pesar de las reiteradas instancias é invitaciones que había hecho el buen cura, ni una sola persona se presentó al confesionario. Después de esperar varias horas inútilmente, se levantó para contar sus penas á Jesús Sacramentado; mas al pasar delante del altar de la cofradía divisa un cerdo que desgranaba con sus agudos dientes las cuentas de un rosario. El cura fustiga al vil animal y le quita la bendita corona; pero al mismo tiempo cruza por su mente un pensamiento que le absorbe por completo. «Los hombres, se dice, arrojan el rosario y las bestias lo recojen». Movidó por no sé qué agente extraño se arrodilla delante de la Virgen y le promete con juramento, que consagrará su vida á propagar la devoción del Santísimo Rosario. Y fué en verdad fiel á su voto. Desde ese mismo día empezó á pregonar á sus feligreses las excelencias y los frutos maravillosos de práctica tan piadosa. Y María como para confirmar la palabra de su apóstol, empezó á otorgar favores, por medio de su sa-

grada efigie, presagios sin duda de otras gracias más grandes y estupendas.

En 1873 un suceso, calificado de maravilloso por innumerables testigos, dió margen á que la vieja-capilla se dedicase á Nuestra Señora del Rosario, y fuese el centro de una de las peregrinaciones más populares del Dominio del Canadá.

El señor Obispo de Tres Ríos expidió un auto decretando que se procediese á la construcción de otra iglesia capaz y esbelta, y en seguida se demoliese la antigua capilla. Obedeciendo á lo prescrito por el prelado se levantaron los planos y se labró la piedra necesaria en Santa Ángela, á la orilla opuesta del río. Como el transporte en barcas resultaba muy costoso, se convino en esperar el invierno á fin de que el río se congelase y así podían trasladarlas en carros pasando por un puente natural. Todos los domingos se rezaba el rosario suplicando que viniese pronto el puente de hielo. Pero aquel año el invierno se mostró benigno. Pasaron Enero y Febrero y casi la mitad de Marzo sin que el San Lorenzo diera señales de helarse. Terminada la época de los grandes fríos, decayeron los ánimos de todos. Entonces el señor Desilets, avivando la fe y la confianza, hizo voto de que si la Santísima Virgen concedía un puente de hielo cuando tan avanzada estaba la estación, conservaría la antigua capilla dedicándola, si el Prelado daba su beneplácito, al culto de María bajo el título de Nuestra Señora del Rosario, y que haría bendecir el nuevo templo el primer domingo de Octubre.

En fin, el 15 de Marzo, la ensenada del Cabo apareció cubierta de una capa de nieve sembrada de pequeños bancos de hielo que el viento huracanado había desprendido de la ribera. Al día siguiente, que era domingo, el presbítero Duguay, vicario de la parroquia, acompañado de algunos feligreses, acometió la empresa de

tantear un paso sobre el río. Era una tentativa atrevida, porque los témpanos esparcidos y separados por espacio, que variaba entre 5 y 100 pies, no tenían otro enlace que la nieve flotante. Firmemente confiados el señor Duguay y sus compañeros en la protección de la Santísima Virgen no vacilaron en acometer la peligrosa travesía. Pocas horas más tarde se encontraban en la orilla opuesta. Entre tanto el sol se había ocultado y la noche había extendido su manto de tinieblas. Para no perder su trabajo decidieron colocar boyas en el paraje y echar agua en la nieve, que unía los témpanos para que se convirtiese en hielo sólido. Cuarenta hombres trabajaron hasta altas horas de la noche á oscuras y sin experimentar percance alguno. Con la ayuda de un bastón que introducían en la nieve y por el ruido sordo que producía el agua, que arrojaban, al ser arrebatada por la corriente, se convencieron de que era muy débil la resistencia. La confianza de estos obreros en la protección de María era tan grande, que trabajaban sin recelo en medio de tantos peligros. Si alguna ráfaga de miedo venía á sobresaltarlos miraban á la iglesia y al divisar tenue luz, se animaban con este pensamiento: «No hay peligro, el señor Desilets reza el Rosario».

Desde la mañana siguiente *el puente de los rosarios* como le llamaron los feligreses del Cabo, apareció cubierto de carros cargados de piedras, y ¡cosa notable! apenas había pasado el último vehículo, se hundió por sí solo.

Conforme con la promesa del venerable cura, se concluyó la nueva iglesia, y la antigua fué dedicada á Nuestra Señora del Rosario. Y si se ha de creer á testigos oculares, que declararon en un proceso jurídico, la Santísima Virgen para manifestar su complacencia por lo que se había realizado, hizo que se abrieran los ojos de la estatua que antes estaban cerrados. Desde esa

fecha el modesto santuario se hizo el centro de peregrinaciones particulares y públicas.

III

ADMIRABLE DESARROLLO DE LA ROMERÍA

El cura Desilets había consagrado su vida á propagar el Rosario, á depositar á los pies de la Madre de Dios los votos de su pueblo, los gemidos de los atribulados, las súplicas de los enfermos y de toda clase de fieles; había gastado crecidas sumas de dinero en adquirir solares, levantar edificios grandes, pues preveía el incremento que tomaría el culto, así es que su muerte ocasionó á la parroquia grandes apuros financieros.

El presbítero Duguay, que había sido diez años discípulo del señor Desilets, fué su sucesor, y heredó el manto de su celo y demás virtudes. No se acobardó por las dificultades, sino que puso su esperanza en María, creyendo que bendeciría las obras encaminadas exclusivamente á su honra y gloria. Y sus esperanzas no quedaron defraudadas.

Como lluvia del cielo apareció en Canadá el R. P. Federico Ghyvelde de la orden seráfica, con el cargo de Comisario de Tierra Santa. Este era un instrumento que enviaba la Providencia para el desarrollo del culto de Nuestra Señora del Cabo. El buen Padre se hizo cooperador y la ayuda del párroco en el servicio del santuario, en la recepción de los peregrinos, y en el cuidado de la cofradía del Rosario. La pobreza del digno hijo del Patriarca San Francisco, su hábito de burdo paño, sus pies descalzos, y sobre todo el mágico acento de su predicación le dió tal atractivo entre los fieles, que logró despertar indecible entusiasmo por encomendarse á la Madona. Las peregrinaciones se fueron haciendo

cada vez más numerosas, y así era indispensable buscar más obreros que cultivaran esa parte de la viña del Señor. Los franciscanos, los dominicos y otros religiosos acudieron con presteza á ofrecer sus oficios á los peregrinos y pasaban largas horas metidos en el confesionario, reconciliando las almas con Dios. El Obispo, Monseñor Lafèche, era también asiduo servidor de los romeros y se trasladaba á Cabo Magdalena para edificar á las gentes con su modestia y con sus sermones, llenos de celestial doctrina. Algunas semanas antes de su muerte, un sacerdote le manifestó que las necesidades siempre crecientes del santuario exigían fuese confiado á una comunidad religiosa. El celoso Pastor respondió: «Conozco, que es necesaria allí una comunidad religiosa; pero ya está próximo mi fin y prefiero dejar á mi sucesor la grata tarea de coronar esta obra».

Efectivamente, el Ilmo. Sr. Francisco Javier Cloutier, actual Obispo de Trois Rivières persuadido, como dice en interesante pastoral, que el culto de María del Rosario no ha de desaparecer en el Canadá, á causa de las mil dificultades que ha superado, nombró guardianes del santuario de Cabo Magdalena á los religiosos Oblatos de María Inmaculada. Con la llegada de estos beneméritos religiosos, todo ha prosperado en lo espiritual y en lo temporal. Se ha ensanchado y decorado el templo, se ha construido elegante y espacioso convento, el número de peregrinos ha ido creciendo. En 1890 fueron sólo 3000; en 1897 subieron á 35.000 y en el presente año 1904 han llegado á 51.000. Los Padres Oblatos publican una interesante revista mensual en francés, titulada *Anales del Santísimo Rosario*, y *Crónica de la romería de Cabo Magdalena*, donde, aparte de artículos literarios de no escaso mérito, publican los favores que la Virgen Inmaculada dispensa á sus devotos.

IV

CORONACIÓN DE LA IMAGEN

León XIII había abierto los tesoros de la Iglesia en favor de los romeros de Cabo Magdalena y su amable sucesor, nuestro Santísimo Padre Pío X puso el colmo á las gracias otorgando facultad al señor Obispo de Trois Rivières para que coronase en su nombre la imagen de Nuestra Señora del Rosario. La noticia fué recibida en Canadá con singular alborozo y se dispusieron los fieles á celebrarla con pompa extraordinaria. El Prelado diocesano señaló el 12 de Octubre de 1904 para llevar á cabo la augusta ceremonia. Invitóse á las personas más caracterizadas para que presenciasen la glorificación de María, y correspondieron al llamamiento 16 Arzobispos y Obispos, más de 400 sacerdotes y unos 15.000 fieles, algunos de ellos venidos de Estados Unidos. Los Prelados asistentes fueron Monseñor Ibarretti, Delegado Apostólico, los Arzobispos de Quebec y Ottawa, Kingston, Halifax, Vancouver, Montreal y San Bonifacio; y los Obispos de Trois Rivières, Rimonski, Nicolet, San Jacinto, Valleyfield, Chicoutimi, Sherbrooke y Burlington. Empezó la fiesta con un solemne triduo. El domingo 9 de Octubre la aldea de Cabo Magdalena presentaba un golpe de vista encantador. El atrio del templo estaba engalanado con arcos de ramas de pino, cortadas en los bosques vecinos. Las casas lucían colgaduras y guirnaldas de follaje. Por doquiera se divisaban banderolas y gallardetes de diversos colores. Los buques, fondeados en el río, aparecieron empavesados. Frente á la puerta del santuario de la Virgen se levantó un tablado donde debía verificarse la ceremonia.

En los tres días del triduo hubo funciones solemnísimas mañana y tarde. El domingo 9 predicó en la

misa mayor y ante un concurso inmenso el presbítero H. Arcan, prefecto de estudios del Seminario diocesano, desarrollando este pensamiento: María y el Canadá. Empezando desde los tiempos de Cartier y Chamblain hizo un estudio minucioso de lo que han hecho los moradores de la nueva Francia en honor de María. El discurso resultó un brillante resumen de la historia de Canadá y un bello homenaje á Nuestra Señora del Cabo. Por la tarde el R. P. Desjardins, de la Compañía de Jesús en un fervoroso sermón pronunciado con corazón de apóstol hizo resaltar la bondad del Corazón de María. Concluida la exposición del Santísimo Sacramento se paseó en procesión la imagen de Nuestra Señora por la plaza. La iluminación era espléndida y parecía que la noche quería disputar al día el honor de promover el triunfo de la Divina Madre.

El lunes 10 fué un día de lluvia y tempestades. Parece que María quería manifestar uno de sus títulos más místicos, aquel en que la Escritura la aclama rocío y lluvia del cielo. Esto no impidió que varias parroquias vecinas acudieran al santuario desafiando al agua. Por la noche un Padre Dominicó en un lenguaje rico de doctrina ensalzó las glorias del Rosario.

El martes 11 amaneció el día sereno y se presentaron 500 peregrinos de San Mauricio y de San Luis, los cuales siguieron las estaciones del Vía-crucis predicados por el R. P. Perrón. En la tarde pronunció patético discurso el R. P. Colomban, Provincial de los Franciscanos, haciendo ver que la romería de Cabo Magdalena era una romería nacional.

Por fin brilló la aurora del gran día. El firmamento estaba límpido y transparente, ni vino á empañarlo la más ligera nubecilla. El sol quiere ser testigo de la fiesta y hacer que reverberen las joyas que adornan la cabeza de María.

Desde la madrugada los fieles rodean los confesonarios. La sagrada comunión se distribuye sin cesar. Los vapores, el ferrocarril, los coches traen á cada instante nuevos peregrinos. La plaza queda materialmente llena, semeja un mar de cabezas humanas.

Á las diez y media, al clamoreo de las campanas y al ronco estallido de los cañones, los Obispos salen procesionalmente con trajes pontificales de la casa de los Oblatos para dirigirse al estrado que se les tiene prevenido. Los preceden la cruz, los acólitos y seminaristas con sus blancas colas, los sacerdotes y la comisión que lleva en artísticas andas la corona destinada á la soberana Virgen. Los zuavos pontificios de Quebec y Trois Rivières les forman escolta. Empieza la misa en que oficia de pontifical el señor Delegado Apostólico, y los seminaristas ejecutan una grandiosa obra de un artista europeo. Cantado el evangelio sube al púlpito Monseñor Luis N. Bégin, Arzobispo de Quebec. Con elocuencia arrobadora sentó dos proposiciones. «Esta manifestación, dijo, es 1.º una profesión de fe en Nuestro Señor y en la soberanía de la Virgen. Si Jesucristo es Rey, María es nuestra Reina. Ella tiene derecho á toda especie de coronas, á la corona de la santidad, á la corona de la ciencia, porque en la luz del Verbo ha conocido la economía de nuestros divinos misterios, á la corona de la victoria y de la abnegación, á la corona real, porque ha dado al mundo al Rey de los reyes, á la corona sacerdotal, porque fué la sacerdotisa por excelencia, etc.

2.º Una expresión de gratitud á Nuestra Señora del Cabo. María ha dado significativas pruebas de amor á la vieja Francia. Su culto arraigó profundamente en el corazón de nuestros antepasados. Pero también podemos afirmar que la dulcísima Virgen no ha sido olvidada en la nueva Francia». El orador hizo á grandes rasgos el catálogo de los testimonios de amor que ha dado á Ma-

ría el Canadá. Terminó con patética peroración. «En el cielo, oh María, no encontráis oportunidad de ejercer la misericordia: pero en la tierra ¡qué vasto teatro para vuestras ternuras!»!

Monseñor Duhamel, Arzobispo de Ottawa en una alocución en inglés puso de relieve cuán legítimo es el culto que los católicos tributamos á la Madre de Dios. Concluida la Misa el Obispo diocesano de Trois Rivières, lee una disertación histórica acerca del santuario del Rosario, y luego sube á colocar sobre la frente de Nuestra Señora del Cabo el signo del poder y de la soberanía. Emoción indecible embarga á los concurrentes. Es una especie de corriente magnética que pasa por las mentes y corazones, que los sacude. Todos los ojos quedan humedecidos con dulces lágrimas. El Prelado se arrodilla entonces y con voz entrecortada por los sollozos recita una oración tiernísima, en que le dice á María que allí está con todos sus hijos para besar su cetro é implorar sus maternales bendiciones.

En hombros de los sacerdotes fué conducida la imagen á su querido santuario donde se entonó por centenares de voces el *Te Deum* de la acción de gracias.

Autoridades. — *Manuel du pèlerin au Cap de la Madeleine* par l'abbé J. E. Panneton. — Montreal C. O. Beauchemin et Fils, Libraires imprimeurs, rue St. Paul, 256 et 258. — *Annales du T. S. Rosaire et Cronique du pèlerinage du Cap de la Madeleine.* — *Précis historique du Sanctuaire de Notre Dame de très Saint Rosaire au Cap de la Madeleine* par Monseigneur Cloutier, évêque des Trois Rivières.

CAPÍTULO XXIII

Nuestra Señora de los Ángeles (Costa Rica)

SUMARIO.—I. La República de Costa Rica. II. La imagen de Nuestra Señora de los Ángeles. III. Favores concedidos por Nuestra Señora de los Ángeles. IV. La peregrinación.

I

COSTA RICA

De las cinco pequeñas Repúblicas que forman la América Central, la más adelantada, vigorosa y tranquila es la de Costa Rica, situada entre los grados 8 y 11 de latitud Norte y que deslinda por el Sur con Colombia. Su extensión superficial no ha sido bien apreciada todavía, por lo cual los geógrafos modernos siguen el cálculo de Eliseo Reclus que le asigna 51.760 kilómetros cuadrados. Sus costas orientales son bañadas por el Atlántico ó Mar de las Antillas, y las occidentales por el Pacífico. Descubrió las primeras Cristóbal Colón en 1502, cuando verificaba su cuarto viaje, y las segundas los emisarios de Pedrarias Dávila, Gaspar de Espinosa, Hernán Ponce y Bartolomé Hurtado. Parece que los conquistadores le dieron el nombre de Costa Rica á causa de unas minas de oro llamadas de Tisingal, situadas en las costas del Atlántico; otros creen que Colón las llamó así conjeturando que habría grandes riquezas en ese suelo.

Durante la época colonial fué provincia del reino de